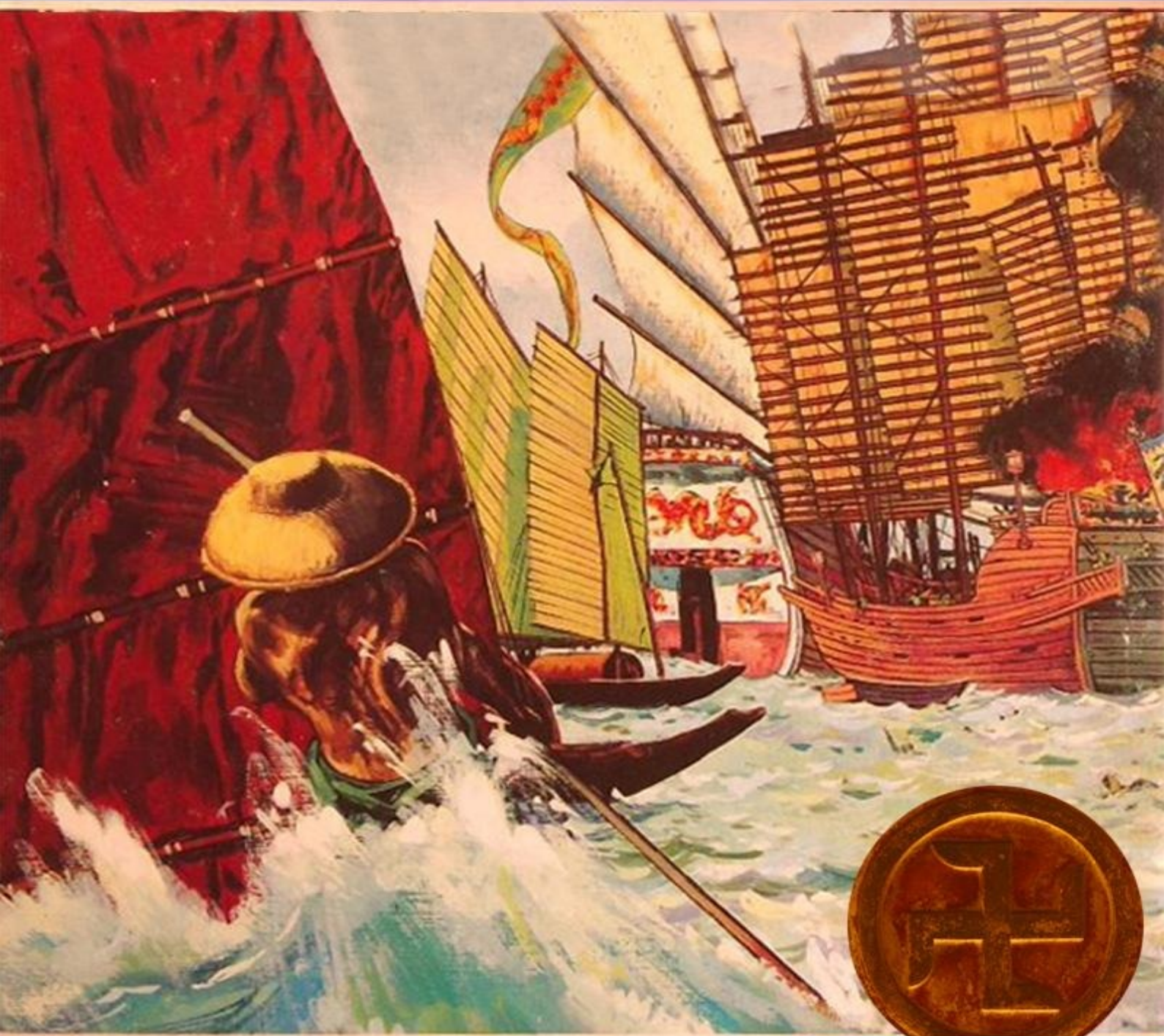


YAN-SI-PAO

O

LA ESVÁSTICA DE ORO



se

PÍO BARROJA

Lectulandia

La fantasía aventurera *Yan-Si-Po o la esvástica de oro* es un divertimento en homenaje explícito a los escritores contemporáneos que contribuyeron a desarrollar la novela de aventuras marítimas: Poe, Stevenson, Verne, Conrad... Siguiendo su costumbre, Baroja elude el relato autónomo y cede el punto de vista a un narrador delegado, a quien interrumpe para dar el contrapunto con sus propias ironías con las que hace guiños al lector, personificado en este caso en una amiga lectora.

Paisajes lejanos en los mares del Pacífico Sur, escenas truculentas de abordajes y canibalismo, búsquedas de tesoros y un elenco variopinto de personajes desarraigados se suceden traídos a la imaginación desde la comodidad del club londinense desde donde nos cuenta la historia el narrador que, cómo no, es un médico.

Lectulandia

Pío Baroja

Yan-Si-Pao o la esvástica de oro

ePub r1.0

Titivillus 07-11-18

Pío Baroja, 1928

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A la misma amiga

Quizá encuentre usted, mi querida amiga, que este Yan-Si-Pao de mi historia *La esvástica de oro* no es más que un vasco disfrazado y con careta de chino. No importa gran cosa. Los pocos chinos que uno ha encontrado en su vida me han asegurado, casi jurado, por la fe de Buda y de Confucio, que todos los tipos del Extremo Oriente pintados e ilustrados por los autores europeos, son un puro lugar común, una silueta falsa y amanerada, un cromo para una pantalla.

Si es así, ¿qué importa que el chino que uno presente bajo el fanal sea un vasco, un bretón, u otro cualquier europeo disfrazado?

Hace ya algunos años, en el club de Saint-James, de Londres, club de *sportmen* y de diplomáticos, nos reunimos alrededor de una mesa varias personas.

Nos había convidado a cenar un escritor inglés hispanófilo, autor de varios trabajos muy documentados de historia y erudición. Éramos cinco: el anfitrión, un aristócrata, un médico de la marina de guerra, ambos españoles; un diplomático sueco que volvía de haber representado a su país en México y yo.

Después de hablar largamente el diplomático, contó, cómo en el tiempo en que él había vivido en la República mejicana se iban hallando varios monumentos antiguos de los indios, creo que de los aztecas, decorados con la cruz esvástica.

El anfitrión explicó con grandes detalles todo lo que se decía en los libros de la cruz esvástica.

Dijo cómo para unos era un signo mágico; para otros, una pura forma decorativa que procedía de la combinación de dos trozos de una greca.

Nos habló de la *svástica* y de la *suástica*, la misma cruz gamada diestra y siniestra, que según los indios del Asia, representan, una, la buena, y la otra, la mala suerte. Nos dijo igualmente cómo esta cruz comenzaba a ser una insignia antisemítica en Alemania.

Para él, la esvástica era al mismo tiempo el símbolo del movimiento y el símbolo del sol como el triskele.

Se habló también, incidentalmente, del lábaro romano y de la visión de Constantino. Entonces, yo intervine y dije que este signo debía de ser vasco e importado por los vascos a Roma.

La palabra lábaro, afirmé yo, puede proceder de la vasca *lauburu*, cuatro cabezas o cuatro puntas, como decía el padre Larramendi.

El escritor inglés, aceptando la etimología vasca, dijo que la esvástica y el lábaro aparecían en casi todas las partes del mundo y habló de la hipótesis, un poco fantástica, de Toussenel, quien suponía que Constantino habría visto una cigüeña volando por el aire, lo cual le había dado la impresión de la cruz.

Mientras nosotros conversábamos, el médico de la marina de guerra sonreía.

Era éste buen tipo, alto, afeitado, con los ojos claros, la tez limpia, el pelo canoso, el óvalo de la cara alargado y el cuerpo esbelto a pesar de su edad.

El tal médico llevaba unos años en Londres agregado a la Embajada y había estado en Filipinas en tiempo de nuestra guerra colonial.

Durante la conversación, el médico asintió a lo que decíamos los demás, añadiendo él pocas palabras.

Algunos días después, al tomar el ómnibus en Oxford Circus —todavía había ómnibus de caballos en Londres— vi al médico de la Armada. Iba elegantemente vestido, llevaba traje claro, gris, pantalón y chaleco del mismo color y una violeta en el ojal.

El médico iba en compañía de un viejo raro, arrugado. Este viejo raro, mirándole despacio, me pareció que tenía algo de chino. Hablaban los dos español y el viejo decrepito pronunciaba las erres como eles.

Años después encontré al médico en Biarritz, en compañía de un escritor inglés, viajero y ensayista.

Hablamos de varias cosas, y de repente recordé a aquel viejo con quien había visto al médico hacía años en el ómnibus, en Londres, y le pregunté:

—¿Quién era aquel hombre, aquel viejo raro arrugado con quien le vi a usted en un ómnibus un día en Londres?

—¿Le chocó a usted? —me preguntó el médico, sonriente.

—Sí me pareció un tipo bastante extraño.

—Y lo era. Un hombre de vida curiosa.

—¿Tenía algo de chino?

—Sí.

—¿Quién era?

—Este hombre era dueño de una tienda de flores de Charing Cross Road, que se llamaba Loto. Le conocía de haberle visto en una tertulia que precedió a los dos o tres intentos de clubs españoles que hubo en Londres, hasta que este intento se realizó al fin en Cavendish Square.

—¿Era español?

—No. Ahora, que había vivido en Filipinas, hablaba castellano. Yo le visitaba como médico.

—¡Hombre!

—Sí; una noche me llamaron a ver a un enfermo a Old Compton Street, cerca de Soho Square fui a un piso bajo y me encontré con que el enfermo a quien tenía que ver era el dueño de El Loto, la tienda de flores de Charing Cross Road. El enfermo estaba asistido por dos mujeres viejas sordas. Lo reconocí y lo ausculté. Tenía una bronconeumonía de viejo, poca tos, poca fiebre, falta de fuerzas. Al descubrirle el pecho y la espalda me chocó lo arrugado y terroso de la piel.

—¿Cuántos años tiene usted? —le dije.

—Médico no *necesital saber* —contestó el enfermo con voz apagada.

—¿Cómo?

—Que no *hashe palta decil* la edad.

—Bueno, bueno. Está bien. Si no quiere usted decirme su edad, no me la diga.

El enfermo llevaba en el pecho un escapulario extraño, por un lado con una Virgen del Carmen y por el otro lado con una esvástica de oro.

En los días sucesivos que fui a visitarle le preguntaba:

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted hoy?

—*Peol* —me contestaba él con aire enfadado, y añadía—: Chino está *peol*.

A los siete u ocho días el aire comenzaba a entrar en el pulmón de aquel organismo decrepito.

—Ya empieza a entrar el aire en el pecho —le dije—. Esto mejora.

—No basta —contestó él—. Hay que *culal, culal*.

A las dos semanas no pudo decir que estaba *peol* y reconoció que se encontraba bien, pero que le faltaban *fuelzas*.

—Ya vendrán las fuerzas, ya vendrán.

Entonces tenía riñas con las dos sordas que le servían, porque no le daban el caldo a tiempo o no cerraban las puertas.

Por fin se levantó y me dijo que el vil gusano de tierra miserable y desvalido, inutilizado por la edad y los achaques, se hallaba ya mejor gracias a la omnipotencia divina y a la sabiduría médica que yo había desplegado.

Todo esto me lo dijo como quien recita una lección aprendida de memoria.

Me pagó las visitas espléndidamente y me envió de regalo unos cuantos tiestos de flores rarísimas.

Fui a verle, a charlar con él y a darle las gracias.

Le encontré vestido con una bata amarilla en un gabinete con muebles chinos preciosos y una colección de figuras de porcelana de Buda y de Confucio, verdaderamente magníficas.

Muy sonriente y comunicativo el florista me dijo que se llamaba Yan-Si-Pao, cuyo nombre parece que significa en chino ‘el pequeño tesoro’. Me dijo que era de origen mongol y que había nacido en Pekín y pertenecido a la Marina de guerra del Celeste Imperio hacía ya más de ochenta años.

—¡Ochenta años! No es posible. Aunque usted debe de ser muy viejo.

—Sí, sí... Soy muy viejo, muy viejo... ya lo creo.

Y Yan-Si-Pao se echó a reír.

—¿Por qué no me dijo usted exactamente su edad cuando estaba enfermo?

—Yo no quise *decile* a su *señolía* mis años. No hubiese *quelido culalme*.

—¿Por qué no?

—Porque no. No hubiese *quelido*, no, no. Hubiese dicho: Chino ya no *puele vivil*, cosa *peldida*, cosa *peldida* —añadió riendo, pensando que me había engañado.

—Pues ¿cuántos años tiene usted?

—Ciento nueve o ciento diez años.

—Pero ¿es posible?

—Sí, sí es *veldad*, *veldad*. Soy muy viejo, muy viejo, muy *matandá*.

Él me lo decía a mí porque sabía que los médicos *castilas* eran honrados y muy buena gente. Si en una persona se reunía como en mí el ser médico, *castila* y marino, para él tenía todas las garantías posibles.

Le pregunté a las dos viejas sordas que le cuidaban:

—Pero ¿es verdad que el amo de la casa es tan viejo?

—Sí, sí. Es muy viejo. Nosotras éramos niñas y vivíamos en Albay, y el señor Yan parecía tan viejo como ahora, y todos decían que era un chino *matandá*.

—Y ¿qué es *matandá*?

—Anciano.

—Y ustedes, ¿qué edad tienen?

—Yo tengo setenta y cinco años, y mi hermana tiene ochenta.

Debía de ser cierta la longevidad extraordinaria de Yan-Si-Pao.

Al año siguiente el florista de Charing Cross Road me llamó porque se hallaba enfermo con otra bronconeumonía. Sucedió lo mismo. Mientras estaba en tratamiento decía con cara de mal humor: «Estoy *peol, peol*. Chino está *peol*».

Y al curarse apareció radiante, todo lo radiante que podía estar él con aire de malicia y de satisfacción.

Me dijo lo mismo con idéntico aire de lección aprendida que la otra vez, que Yan-Si-Pao, a quien la petulancia de sus padres había llamado el pequeño tesoro, era un vil gusano de tierra, un miserable insecto, un cuerpo lleno de achaques y de años, corroído por todas las lacerías, y que gracias a la omnipotencia divina y a la sabiduría desplegada por mí se había curado.

Nos hicimos muy amigos el viejo Yan-Si-Pao y yo. Solía ir yo casi todas las tardes a su tienda de flores. Allí conocí a un chino dependiente de la casa, llamado Li-Ju-Chung, que había estado también en Filipinas y que hablaba español.

El amo, el señor Yan, le trataba muy mal, le reñía en chino y a veces en castellano. Le llamaba *glanuja, peldido, sinvelgüenza*, y aseguraba que le calentaría las costillas. Tenía una energía que para un hombre de ciento diez años no era, indudablemente, vulgar.

Tanto las dos sordas como Li-Ju-Chung aseguraban que el amo, aquel chino *matandá*, tenía un carácter imposible y que siempre estaba dando mucha guerra.

Yan-Si-Pao vivía, como he dicho, en Old Compton Street, cerca de su tienda de flores, no muy lejos de Soho Square, en un piso bajo lleno de ídolos. Como era asmático, no quería subir escaleras.

Una vez el dependiente Li-Ju-Chung me habló de su patrón con malicia.

—Pregunte su *señolía* su vida a mi amo chino Yan-Si-Pao, ja, ja, ja... Él se la *contalá*. Ha sido *malino*, como usted.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, y *pilata*, y ha tenido mucha *suelte*, ja, ja, ja... Pero chino Yan-Si-Pao, el Pequeño Tesoro, es muy *matandá* y tiene miedo a los diablos y a los *espílitus* del Yan Feuty y del Fong Schui, ja, ja, ja...

—Y ¿por qué?

—Chino Yan-Si-Pao, él mismo lo ha dicho, ja, ja, ja..., tenía una amiga que era una bruja, conocida de su madre, que se llamaba Schelomare... ja, ja, ja, que le *aseguló* que tres diablos del Fung-Schui se le *apalecelían* a la hora de la *muelte* sonando.

—Y sonando ¿por qué?

—Porque son *espílitus* del viento, ja, ja, ja, y entonces el *anting anting* que lleva en el pecho se le *peldelía*..., ja, ja, ja, y chino Yan-Si-Pao, el Pequeño Tesoro, ja, ja, ja..., tiene miedo, ja, ja, ja. Sí, tiene miedo, mucho miedo a *molil*, ja, ja ja..., porque es ya muy *matandá*.

Por lo que vi, el dependiente Li-Ju-Chung no tenía sentimientos muy cordiales para su patrón. A las dos viejas sordas que le cuidaban les ocurría lo mismo. Estaban, sin duda, cansadas de la guerra que daba aquel hombre.

Un día que mi amigo Yan-Si-Pao estaba, sin duda, de buen humor, me contó su historia.

El padre de Yan-Si-Pao era comerciante de Pekín, en la villa china, a principios del siglo XIX.

Sabido es que Pekín está formado por la reunión de dos cuadriláteros yuxtapuestos, ambos rodeados de altas murallas. El más grande encierra el palacio y la población tártara; el otro, la ciudad china y comerciante. Tienen estos cuadriláteros cerca de ocho kilómetros de largo por seis de ancho. Las murallas de la ciudad tártara son un poco más altas que las de la china. Ambas tienen un revestimiento interior y exterior de ladrillos con tierra en medio.

* * *

No creo, mi querida amiga, que pueda usted hacer objeción alguna a estos conocimientos sobre Pekín. Son auténticos, no muy profundos, ciertamente, pero lo bastante para dar la sensación, que decían, hace treinta años, los modernistas.

* * *

El padre de Yan-Si-Pao era un comerciante de origen mongol, llamado Wang-Chu, dueño de un gran bazar de telas y de pieles, en la ciudad china. Este Wang-Chu tenía un hermano, militar de alta graduación, Taotai, que vivía en una de las anchas calles que atraviesan la villa tártara de Pekín, de Este a Oeste.

Dos o tres años antes del nacimiento de Yan-Si-Pao, Wang-Chu, que había quedado viudo, se dedicó a hacer grandes viajes; estuvo en, la Corea, en el Japón, y una de las veces fue a la Siberia, hasta Okhotsk, en barco, y de aquí avanzó hasta el país de los yakutas, con la idea de comprar pieles. Llegó hasta el mismo Yakuts.

Los yakutas son una rama del pueblo mongol; son altos, de rasgos más regulares y finos que los otros siberianos, y tienen la piel más blanca. El nombre de yakutas parece que se lo dieron los rusos. Ellos se llamaban antiguamente *zinzachas* o *zinzogelocks*, del nombre de un príncipe. En su origen estaban unidos a los *bratli*, gran tribu del lago Baikal, y se separaron de ellos para establecerse a orillas del río Lena.

Su religión tiene muchas analogías con la de las demás tribus siberianas. Ofrecen sacrificios a un ser invisible, del cual cada tribu posee una imagen formada por un saco que representa el cuerpo, y una enorme cabeza tallada en una calabaza que sobresale fuera del saco.

Un saco que hay que llenar, y una bola hecha con una cucurbitácea en forma de testa parece, más que una divinidad, el símbolo de la mayoría de los hombres.

* * *

Esta frase me figuro que la va usted a encontrar de mal gusto, mi querida amiga, pero tiene su filosofía, y no la quiero borrar. El que sea algo más que un saco con una bola fuera, que proteste.

* * *

Para los yakutas todos los árboles son sagrados, y los decoran con alhajas. Algunos, como los tunguses, tienen ídolos esculpidos.

Los yakutas se dedican, principalmente, al comercio de pieles. Es gente tranquila, laboriosa y de un gran talento natural para los negocios.

Entre los yakutas, el matrimonio se hace por compra. Wang-Chu conoció en su viaje a una muchacha rubia que había sido bautizada y que le gustó.

La familia pidió por ella una dote de ochenta renos. Wang-Chu aceptó, se casó y volvió con su mujer a Pekín.

Esta mujer bautizada se llamaba Felicidad. Tanto ella como su marido, a pesar de aceptar oficialmente la religión de Buda, creían en muchas supersticiones mongólicas.

Sabido es que en China hay tres sectas religiosas importantes: la confucionista, la budista y la taoísta, que se aceptan unas a otras, y que no luchan entre sí. En cuestiones de religión el chino ha sido siempre más civilizado que el europeo.

* * *

Supongo que esta última frase, un poco del siglo XVIII, le va a parecer a usted, muy mal, mi querida amiga; pero ¿qué quiere usted? Yo pienso así y pensaré siempre, probablemente.

* * *

Wang-Chu era un hombre un tanto inclinado a la magia y creía en Acharay Rioho y en los diablos del imperio Mang-taar.

Wang-Chu se reunía con algunos chamanes de su país, que conjuraban los diablos.

Wang-Chu y Felicidad tuvieron dos hijos; el mayor, comprendiendo la superioridad de China, se sintió sedentario comerciante y chino; el segundo, Yan-Si-Pao, mostró gustos aventureros y una gran simpatía por cuanto fuera mongólico y una cierta curiosidad por las costumbres bárbaras de los europeos.

Como su padre y su madre tenían una religión pública y otra privada, Yan-Si-Pao se inclinó a esta última y consideró los ídolos mongólicos como sus dioses.

Su tío el jefe mongol Taotai, que vivía en una de las hermosas casas de la ciudad tártara, le manifestó gran simpatía y constantemente el joven atravesaba la puerta de Hata-men para ver a su pariente.

Yan-Si-Pao tenía una buena educación. Cuando hablaba con alguno le llamaba siempre sabio, excelente, inteligencia privilegiada, luz del sol que iluminaba el mundo. En cambio, a sí mismo se calificaba de vil gusano, de pobre insecto, de lombriz, de miserable, inepto y desvalido.

Yan-Si-Pao, decidido a no ser comerciante, entró en la Escuela de Náutica.

En este tiempo en las escuelas chinas no se enseñaba ni la Geografía ni la Astronomía. Parecía una impertinencia, y quizá lo fuera, escrutar las alturas de donde procede el Emperador, el Hijo del Cielo, y respecto a la Geografía, los mapas se consideraban peligrosos y propicios para las traiciones brutales que podían preparar los rojos y crueles bárbaros de Occidente.

* * *

Aquí no había más remedio que dar una ligera impresión de chinismo y de antioccidentalismo, para que el público que le lee a uno no pudiera sospechar que el autor es un farsante.

* * *

Generalmente, los bachilleres que aspiraban a ser militares y marinos de guerra eran jóvenes holgazanes de familias influyentes.

Yan-Si-Pao llevó una vida alegre entre la juventud dorada; fue a cenar a los restaurantes de la villa china; asistió a comidas de sesenta y ochenta platos; habló de literatura con las hetairas, y jugó a la morra después de comer.

Con estas costumbres dispendiosas gastó mucho dinero a su padre, que se alegró bastante al ver que su hijo entraba en un barco de guerra y se dirigía a Shanghai y después a Hong-Kong.

Doce meses después de entrar en la Marina estaba Yan-Si-Pao a bordo del *Kilin*, en las aguas de Hong-Kong.

La ciudad de Hong-Kong, cuyo verdadero nombre es Chiang-Kiang, que significa 'aguas perfumadas', acababa por entonces de ser cedida a Inglaterra. Así la barbarie europea va haciéndose dueña del mundo.

Con este motivo de la instalación de los ingleses, Hong-Kong era un pueblo que se encontraba en plena agitación. Hubo un pastelero que quiso envenenar a los ingleses, pero se engañó en la dosis y en la acción del tóxico y no pudo conseguir su intento.

Había por entonces en Hong-Kong grandes barcas, juncos chinos adornados con molduras doradas y pintados de varios colores, con altos alcázares de proa y de popa.

Había también *champanes*, pequeñas embarcaciones destinadas al tráfico de pasajeros, gobernadas por jóvenes chinas.

Yan-Si-Pao, que no sentía ese patriotismo exclusivo y grosero de los europeos, tenía amistades entre los oficiales de Marina inglesa, a los que conocía porque muchas veces, lo mismo en las proximidades de Hong-Kong, que en la bahía de Cantón, tenía que unirse con su barco a los barcos ingleses para proteger de los piratas la infinidad de islas del mar del Sur.

Una vez Yan-Si-Pao estaba de licencia y llevaba tres días de francachela; paseaba por Hong-Kong y contemplaba las nuevas construcciones que estaban comenzando a hacer los ingleses, había mirado desde un coche la espléndida vista de la bahía desde Bowen Road con la línea de montes en el fondo, los buques de guerra ingleses y las lanchas y juncos chinos, todo brillando al sol, y había comido opíparamente en varios restaurantes y bebido un poco de más.

Un día, después de cenar y de pasearse, tuvo la mala ocurrencia de ir a una casa de té, que era al mismo tiempo casa de juego y fumadero de opio. Jugó, perdió, y para consolarse de su pérdida fumó una pipa de opio.

Estuvo algunas horas durmiendo, no supo cuántas, hasta que despertó y salió a pasearse a orillas del mar, con la idea de refrescarse la cabeza y después marcharse a su barco.

Era ya al amanecer; el mar brillaba plateado a la luz de la luna.

De pronto se encontró con una mujer que le preguntó por una villa.

Por su aspecto, su color y sus velos blancos, a Yan-Si-Pao aquella mujer le pareció una india.

* * *

Una india, generalmente, es una mujer de color de limón, con los ojos en forma de almendra y la cara de una seriedad un poco siniestra.

El autor no siente gran entusiasmo por estas mujeres amarillentas y espectrales, pero reconoce que tienen su aspecto.

* * *

El marino se quedó mirando atentamente a la mujer, sin decir palabra. Ella le volvió a hacer la pregunta y él contestó sonriendo y haciendo un ademán negativo. Ella le preguntó entonces si la podía acompañar. Yan-Si-Pao contestó que sí.

El joven marino tenía una incoordinación de ideas producida por el opio, y no sabía lo que decía. A cada paso se reía un poco, estúpidamente.

La mujer hablaba el inglés.

—¿Eres chino? —le preguntó a Yan-Si-Pao.

—Soy chino de nación, pero no de raza. Mi padre es tártaro; mi madre, siberiana y cristiana.

—¿Cómo te llamas?

—Yan-Si-Pao.

—¿Qué quiere decir?

—El Pequeño Tesoro. ¡Qué risa! Soy un tesoro de bajezas.

—¿Por qué?

—Así es. Me conozco.

—¿Es que has fumado opio?

—Sí.

—Yan-Si-Pao, Pequeño Tesoro, no lo debes tomar; te costará la vida.

—¿Qué importa? Se muere uno antes o después. Es lo mismo. La vida no vale la pena.

—¿Tan desesperado estás?

—No, pero esa es mi opinión.

La mujer le pidió que le diera el brazo; la perseguían. Era una dama de treinta y cinco a cuarenta años, delgada, de aire marchito, con los ojos grandes y rasgados y el color pálido.

Fueron andando así durante algún tiempo.

La mujer le indicó que se parecía a un hijo suyo muerto. Añadió que estaba casada con un príncipe indio y separada de él. Volvió a insistir en que la perseguían.

Llegaron a una villa y la mujer le dijo:

—Espera a que salga el sol para salir a la calle. No vayan a querer atacarte al salir.

—¡Bah! No hay miedo. ¿Quién me va a atacar? ¿Para qué? Soy un gusano de la tierra —contestó Yan-Si-Pao—. No tengo enemigos. Mi vida es insignificante.

Yan-Si-Pao no se opuso a entrar en la villa, que era lujosa, fantástica; se sentó en un diván, tomó una taza de infusión que le ofreció la dama y se quedó dormido.

Por la mañana, al despertar, vio que entraba el sol por la ventana.

—Ya es hora de que te vayas —le dijo la dama india—. No vuelvas a tomar opio. Yan-Si-Pao, Pequeño Tesoro, te he puesto un amuleto que te preservará de las desgracias. Lo llevas en el pecho. No lo pierdas.

La india le besó en la frente y le empujó fuera de casa.

Yan-Si-Pao, todavía aturdido, se acercó al puerto, tomó una lancha y fue a su barco; como tenía aún tiempo, se acostó y durmió hasta el día siguiente.

Por la mañana, al despertarse con la cabeza ya despejada, recordó lo que había hecho en los tres días que había estado en tierra y pensó si el encuentro con aquella dama india sería una fantasía del opio; pero al llevarse la mano al pecho vio con sorpresa que tenía colgada de un cordón una cruz esvástica de oro.

Entonces recordó que aquella mujer le había dicho que esta cruz le preservaría de la desgracia. Meses después, en una verdadera batalla que tuvo su barco contra los piratas de Bias Bay, en la costa de China, a pocas millas de Hong-Kong, mataron a dos marinos que estaban a derecha e izquierda de Yan. A él no le pasó nada. Con esto se convenció de la eficacia de la esvástica.

«Sin duda la suerte protege a este vil gusano, a este conjunto de miserias y de bajezas que soy», se dijo Yan-Si-Pao.

Inmediatamente después de este combate volvió con el barco a Hong-Kong.

Yan-Si-Pao quiso encontrar el sitio donde había hallado a la dama india; pero no lo encontró ni pudo saber en qué casa había estado aquella noche...

Tres años después iba su barco a la altura de Kow-Lan-Tai-So, a cien kilómetros de Hong Kong, de noche, cuando les atacaron los piratas. Yan-Si-Pao estaba durmiendo y afortunadamente esto le salvó. Los piratas habían degollado a casi toda la tripulación. Eran de los clásicos espumadores del mar, discípulos de Ta-Tsin, de los que daban caza a los barcos y entraban después valientemente al abordaje.

Yan-Si-Pao se encontró amordazado y atado y sacado a cubierta, vio cómo las cabezas de los oficiales del *Kilin* iban siendo cortadas y echadas al mar.

Únicamente seis marineros y tres oficiales que quisieron hacer causa común con los piratas fueron perdonados.

Al llegarle el momento a Yan-Si-Pao de ser ejecutado, éste inclinó la cabeza amablemente y al descubrirle el cuello el chino que hacía de verdugo señaló la esvástica.

El verdugo y el capitán hablaron y Yan-Si-Pao fue perdonado, a condición de que fuera el piloto del barco.

* * *

Por qué bastó el ver la esvástica a los piratas para que perdonasen a Yan-Si-Pao es un secreto, querida amiga, un misterio, para explicar el cual necesitaré mucho tiempo y mucho papel. Usted cree que no hay tal secreto y que todo es una mixtificación mía, pero se engaña usted. Hay un secreto, que lo explicaré el mejor día echando mano de la magia y de las ciencias malditas.

El barco pirata donde estaba preso Yan-Si-Pao se llamaba el *Dragón Verde*, tenía una tripulación de chinos y de malayos: el capitán, Tong-Shen, era mogol, cruel y avaro, muy valiente; pero degenerado como fumador de opio.

El capitán Tong-Shen tenía un aire poco tranquilizador. Se notaba en él una mezcla de crueldad, de hipocresía y de astucia. Era pequeño, bajo, gordo, amarillo y rechoncho. Estaba lleno de heridas. Le faltaba un ojo y una oreja. Sabía imponerse en su barco a fuerza de audacia, de crueldad y de energía.

El segundo, Cheng-Li, era un chino del Sur, perezoso, astuto e intrigante. El contraemaestre, Wang, era mixto de chino y de malayo. Tenía la piel muy oscura y era el que en el barco solía hacer de verdugo.

Llegó el barco pirata a la altura de las islas de las Pirámides, se le acercaron tres juncos y desembarcaron todo el botín.

Tuvieron después los piratas alternativas de éxitos y de fracasos, y en una batalla que sostuvo el *Dragón Verde* contra un barco de guerra, cerca de las islas de Pratas, cayeron prisioneros tres de los piratas chinos más audaces del *Dragón Verde*: el segundo Cheng-Li, el contraemaestre y el cocinero.

Entonces al capitán pirata Tong-Shen se le ocurrió canjear sus tres hombres perdidos por los tres ex oficiales de marina del Kilin que tenía él en su barco. El capitán del buque de guerra aceptó el canje. Se lo dijeron a Yan-Si-Pao, y como vio éste que uno de los marinos chinos se lamentaba de no ser él el canjeado, le dijo: «Vete tú si quieres. Yo soy un vil gusano de tierra sin importancia. A mí me es igual quedarme aquí que ir allá».

Yan-Si-Pao cambió su suerte con el marino que quería volver a China.

Los tres piratas del *Dragón Verde*, el segundo, el contraemaestre y el cocinero volvieron a su barco; pero sin duda habían sido envenenados, porque al poco tiempo murieron con grandes dolores. Respecto a los dos ex oficiales y al marino del Kilin entregados al buque de guerra para el canje por lo que se supo más tarde a los tres les cortaron la cabeza. Yan-Si-Pao se salvó de la muerte por milagro.

Como por entonces la vigilancia de ingleses y de celestes en el mar de la China era muy grande, decidió Tong-Shen, el capitán del *Dragón Verde*, coger su botín y marchar al mar de Joló para encontrar allí un refugio y atacar a los barcos que iban a Filipinas desde Europa por el estrecho de Malaca y por el de la Sonda.

Fueron, efectivamente, hacia el mar de Joló, y en una de las islas del Archipiélago filipino, en la isla de Mindanao, cerca de Dapitán, encontraron un refugio, donde se hacían los repartos de los robos realizados por allí cerca. Otro lo hallaron en Borneo.

Si los moros de Mindanao eran de poco fiar, los dayaks de Borneo eran peores. Los dayaks se jactaban sobre todo de mostrar el más voluminoso haz de cabezas cortadas. Bebían el *arak*, licor espirituoso obtenido del arroz fermentado, y tenían un vago culto en honor de los espíritus.

Tong-Shen se entendía bien con ellos y les llevaba opio a cambio de otras mercancías.

Tong-Shen fumaba cada vez más opio e iba entristeciéndose y languideciendo rápidamente.

Llevaba Yan-Si-Pao una vida brutal. El mismo capitán del *Dragón Verde*, Tong-Shen, le tenía miedo. Dos o tres años después de haberse lanzado a la piratería nuestro ex oficial, estaba de acecho el *Dragón Verde* cerca de la isla de Panay, cuando abordaron una barca que venía de Manila.

En esta barca prendieron a una muchacha española llamada Dolores, que iba con su doncella; a un fraile misionero y a tres o cuatro marineros tagalos a quienes mataron porque intentaron defenderse.

Yan-Si-Pao, bastante conmovido por la situación de la muchacha, pidió a Tong-Shen que le dejara casarse con ella.

Tong-Shen se lo permitió.

La muchacha Dolores al principio protestó furiosamente. Iba precisamente a casarse con un comerciante inglés de Ilo-Ilo y prometió pagar el rescate que se le impusiera.

Yan-Si-Pao le dijo: «No tenga usted cuidado, si conseguimos tocar en la costa, yo la dejaré a usted marcharse donde quiera. Yo no pretendo casarme ni tener hijos. Soy un vil gusano de tierra y no se pierde nada con que desaparezca».

Esta misma indiferencia hizo efecto en la muchacha, que comenzó a mirar con simpatía a Yan.

Para entenderse entre los dos, al principio tenían al misionero español el Padre Mendiluce. El Padre Mendiluce era un hombre chiquito, sonriente, grueso, con una cara de pájaro. El Padre Mendiluce era un hombre entusiasta de la filología y de la lingüística.

El Padre sabía una porción de idiomas, cuarenta o cincuenta, y soñaba con hacer una obra tan importante como la del jesuita español Hervás y Panduro. El Padre Mendiluce estaba por entonces escribiendo un diccionario comparativo del tagalo, el bisayo, el ilocano, el bicol y el pompongo.

El misionero, que sabía el chino, sirvió de intérprete entre Yan-Si-Pao y la señorita Dolores.

Yan-Si-Pao comenzó a enamorarse de la muchacha y al mismo tiempo a aprender el español.

La señorita Dolores miraba también con simpatía al piloto del *Dragón Verde*; pero afirmó repetidas veces que no se casaría con él, a no ser que se convirtiera al cristianismo y abandonara, naturalmente, la piratería.

Tiempos después un tifón arrojó al barco hacia Mindanao. En Mindanao un cañonero español les persiguió y salieron al mar de la Célebes. Pasaron allí muchas hambres y miserias. El capitán Tong-Shen estaba ya enfermo y embrutecido por el opio. Mandaba de hecho en el barco Yan-Si-Pao.

La tripulación estaba dividida. La mayoría pretendía volver hacia los mares de la China. Yan-Si-Pao y sus partidarios querían desembarcar en algún punto de Filipinas y abandonar la piratería.

Medio perdida, desarbolada, encontraron días después una urca holandesa. Todo hacía pensar que era un barco pirata. Le quedaba como tripulación cinco hombres blancos, un malayo y un chino. Los blancos eran un escocés, un sueco, un holandés, un austríaco y un brasileño.

Con ellos iba un viejo indio extenuado y enfermo.

La urca holandesa el *Fénix* había salido últimamente de Java y la tempestad le había hecho perder el rumbo. La tripulación no sabía dónde se encontraba.

Yan-Si-Pao y el Padre Mendiluce quisieron recogerles; pero la gente del *Dragón Verde* protestó. No había alimentos. Lo mejor era abandonar a los de la urca. El criterio de Yan-Si-Pao y el del misionero, al fin triunfó.

El indio viejo y enfermo se estaba muriendo. No era fácil saber la historia de este hombre, se encontraba extenuado y no tenía fuerza ni para hablar. Pocos días después de ser instalado el enfermo llamó a Yan-Si-Pao y le dijo con voz débil que había sido secuestrado y robado por los tripulantes de la urca holandesa, que eran todos ellos piratas.

Él tenía un documento en el cual se indicaba dónde estaba escondido un tesoro.

* * *

Este documento, como se habrá usted podido fijar, mi querida amiga, es el mismo documento que apareció primero en los cuentos de Poe y ha seguido después en todas las novelas de aventuras hasta Julio Verne, Stevenson y Rider Haggard. En las novelas inglesas está bien, porque no hay nadie como los autores ingleses para la aventura y el mar; en las novelas francesas está peor; y en las italianas peor aún. En las españolas no existen apenas.

No me reproche usted, pues, el que salga aquí este documento; pues es el mismo, absolutamente el mismo, que sacó a relucir Poe, aunque ya deteriorado por el uso y por la edad.

* * *

El enfermo entregó a Yan-Si-Pao un papel doblado en muchos dobleces y al poco tiempo expiró.

Yan-Si-Pao miró el papel, pero no entendió lo que decía. ¿En qué idioma estaba? Él no lo sabía. Entonces mostró el escrito al Padre Mendiluce, quien después de algunas tentativas infructuosas lo descifró. El papel, que tenía al comienzo una tosca imagen de Buda, estaba escrito en un dialecto indio y decía lo siguiente: «En la isla de Samui, en el mar de Siam, a poca distancia de la costa oriental de la península

Malaya, a los cien grados justos de longitud, hay en un campo, a diez kilómetros de la costa, cerca de una cueva, una plazoleta empedrada, con una estatua de Buda, en medio de la cual el solitario de los Sakias está sentado con una mano llevando la flor del loto y con la otra mano apoyada en la rodilla. La imagen de Buda tiene un peinado puntiagudo. El día 21 de marzo al amanecer, en el sitio en donde dé en el suelo la sombra del peinado puntiagudo, está enterrado un tesoro».

Yan-Si-Pao preguntó al Padre Mendiluce si creía que aquella indicación sería cierta o no. El misionero, que tenía una gran memoria, recordó muchos casos parecidos.

—Se cuenta —añadió— en los *Paralelos Históricos* que en el tiempo de Roberto Guiscardo, Duque de Calabria y de la Pulía, fue descubierta una estatua de mármol que tenía en la cabeza un círculo de bronce en el cual estaban grabadas estas palabras: «Kalendis Maii Oriente Sole Aureum Capul Habebo». ('En las calendas de mayo al sol Levante mi cabeza tiene oro').

El príncipe Roberto consultó a sus hombres, que no supieron qué quería decir aquella inscripción; pero entre los prisioneros de guerra había un sarraceno que dijo que estas palabras significaban probablemente que allí había escondido un tesoro y que este tesoro se encontraría en el lugar donde daba la sombra de la cabeza de la estatua el día primero de mayo al salir el sol. Efectivamente, se hizo la prueba y se encontró el tesoro.

Se le preguntó al sarraceno, que era fabricante de relojes, si esto lo había averiguado por arte mágica, y dijo que no, que solamente el buen sentido le había sugerido tal explicación, con lo cual se supone que le dejarían libre.

Yan-Si-Pao, el Padre Mendiluce y la señorita Dolores contemplaron repetidas veces el papel que tenía al principio una tosca imagen de un Buda.

En el *Dragón Verde* la situación iba haciéndose cada vez peor, y una noche la mayoría de la tripulación china con Tong-Shen a la cabeza se apoderó de los víveres y se escapó en la lancha. Se quedaron en el barco los blancos encontrados en la urca holandesa desmantelada, con dos chinos fieles a Yan-Si-Pao y un negro.

De los blancos, el escocés Mac Donald, era hombre malo, violento, acostumbrado a pegar y a martirizar, que había sido negrero y había cometido mil atropellos.

Este hombre se jactaba de ser vengativo e implacable; aseguraba que no había perdonado a nadie. De todo aquel que le había hecho daño o había sido su enemigo, tarde o temprano se había vengado.

En el barco el escocés quiso mandar tanto como Yan-Si-Pao, pero éste supo sujetarle y amedrentarle.

El brasileño Silveira era también un bandido y había hecho la trata de negros.

Yan-Si-Pao mandaba en el *Dragón Verde* despóticamente, más que nada por imponerse a los bandidos. Tenía como condicionales a los dos chinos, al negro, al Padre Mendiluce y a la señorita Dolores, que vestía de hombre.

A pesar de la esperanza que tenía Yan-Si-Pao de encontrar alguna isla habitada o algún barco, no hallaron en su ruta más que islotes áridos, donde no había qué comer.

El estado del *Dragón Verde* iba siendo cada vez más lamentable; decidieron abandonarle e hicieron una balsa y desembarcaron en un islote del archipiélago de Sangi.

Como jefe, Yan-Si-Pao se encargó de transportar las personas y las cosas del barco a la isla. El transporte en la balsa era largo y pesado.

* * *

No cabe duda, mi querida amiga, que si yo tuviera imaginación poderosa, aquí podría demostrarla haciendo la competencia con mis invenciones desde Poe a Stevenson y a Conan Doyle. Pero uno no tiene imaginación. La gente del Norte nos ha achicado en esta última época a los meridionales. Toda la supuesta imaginación de los meridionales ha quedado reducida a la retórica.

* * *

Había ya llevado a la isla nuestro héroe todas las personas y había dejado al Padre Mendiluce y a la señorita Dolores al cuidado de los dos chinos y del negro.

Al volver por tercera vez Yan-Si-Pao al barco con todos los objetos que pudo, se encontró con espanto que la española y el fraile habían desaparecido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a los dos chinos.

—Los han matado.

—¿Quiénes?

—El escocés y el brasileño y el negro les ha ayudado.

Yan-Si-Pao, preso de una cólera furiosa, sacó el yatagán, se lanzó sobre el escocés, lo derribó al suelo y le cortó la cabeza. El brasileño se echó sobre él y se agarraron; pero Yan-Si-Pao le tendió en tierra y, sin escrúpulo ninguno, le abrió la garganta. Iba a acercarse a matar al negro; pero éste se le arrodilló pidiendo perdón y Yan-Si-Pao no quiso matarlo.

La sangre derramada pareció tranquilizar a Yan.

—¿Le han hecho sufrir a la muchacha? —preguntó.

—No; dormía cuando la mataron —dijo el chino—. El escocés le descubrió el cuello y luego levantó el machete y le dio con toda su fuerza. La sangre salpicó muy lejos. No hizo más que una contracción violenta y empezó a llenar el suelo de sangre.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué iba a hacer? No tenía armas. La cabeza la tiraron al mar. Yo antes le corté esta parte de pelo; sabía que usted querría guardarlo.

—¿Y el misionero?

—Al misionero lo mataron también de una puñalada en el corazón.

—¿Y qué han hecho de sus cuerpos?

—Los han cortado en pedazos y han asado la carne al fuego.

—¡Qué se va a hacer! Somos pobres gusanos llenos de apetitos materiales inmundos —dijo Yan-Si-Pao.

Yan-Si-Pao, como filósofo que era, comprendía muy bien que el hombre hambriento se convierte en una fiera salvaje, y no dijo más ni protestó al ver que a los dos muertos por él se preparaban también a descuartizarlos y a asarlos al fuego el holandés, el noruego, el sueco y el australiano supervivientes.

Pocos días después apareció en el islote perdido una barca de pescadores que recogió a los naufragos y los llevó hasta una aldea de las Célebes.

Allí esperaron varias semanas, hasta que encontraron ocasión para ir como marineros hasta Batavia.

Se habían enterado de la existencia del tesoro, el holandés Wan Hassen, el australiano sordomudo Honey y uno de los chinos, hombre de confianza de Yan-Si-Pao.

Se reunieron los cuatro en Batavia y pensaron en el plan que tenían que seguir para encontrar el tesoro. Yan-Si-Pao fue a casa de un notario holandés, donde depositó a su nombre el documento escrito en hindú. Esta prueba de desconfianza hizo murmurar a sus compañeros y les hizo pensar que no tenían más remedio que contar con Yan, que era el único que sabía a ciencia cierta dónde estaba el tesoro.

El holandés Wan Hassen dijo que conocía a un plantador también holandés, Ravenstein, y que si le interesaban en el negocio, probablemente daría facilidades y dinero para poder llegar al sitio.

Yan-Si-Pao fue a visitar a Ravenstein. Éste pretendía que le pusieran al corriente de todo y le explicasen dónde estaba el tesoro; pero Yan-Si-Pao se negó a explicar nada, únicamente dijo que el documento estaba en seguridad en el despacho de un notario y que él sólo sabía dónde y cómo se podía encontrar.

Entonces, el plantador propuso que un sobrino suyo, Cornelius, fuera en la expedición y abonara los gastos.

En estas circunstancias pretendía que la mitad del tesoro fuera para él.

Yan-Si-Pao dijo que no. No necesitaba ayuda de nadie. Él iría sólo al lugar y se apoderaría del tesoro. Tenía decisión y constancia para ello, aunque no fuese más que un pobre gusano sin fuerza. Ravenstein, el plantador, preguntó qué condiciones proponía él.

—Si usted o su sobrino —dijo Yan-Si-Pao— quieren sufragar los gastos, primero, si se encuentra el tesoro, se les devolverá el dinero empleado; después, el tesoro se dividirá en dos partes; una, con la que me quedaré yo, y la otra, que se dividirá a su vez en cuatro partes: una para su sobrino, otra para el holandés Wan Hassen, otra para el australiano sordomudo y otra para mi criado.

El plantador, exasperado, dijo que no quería oír hablar más de asunto; pero a los dos o tres días volvió a llamar a Yan y, entonces, éste se encontró con Ravenstein y con su sobrino Cornelius.

El sobrino era un mozo alto, rubio y fornido.

En la conversación que tuvieron, quedaron de acuerdo en que Cornelius, acompañado por los cuatro hombres, iría en busca del tesoro.

En los días que habían estado en Batavia, el criado chino de Yan había encontrado un mozo también chino, a quien presentó a su amo.

Yan-Si-Pao lo tomó a su servicio.

Pocos días después, Yan, con sus dos chinos, el holandés, el australiano sordomudo y Cornelius Ravenstein con tres criados que le acompañaban, salieron de

Batavia y fueron a Singapur.

En Singapur, Yan-Si-Pao advirtió a Cornelius que si quería seguir en la expedición, tenía que abandonar a los tres criados que le seguían.

—¿Por qué no me lo dijo usted antes, al salir de Batavia? —preguntó el joven holandés.

Yan-Si-Pao se encogió de hombros y añadió:

—Si piensa usted que nos han de engañar por pobres y miserables que seamos, se equivoca. Lleve usted tres hombres o lleve usted treinta, es igual. Del tesoro no tendrá usted, si lo encontramos, más que la octava parte; pero si no está usted conforme, tiene usted tiempo de volver.

—¡Volver! De ninguna manera. Le seguiré a usted por donde vaya.

—Si acepta usted la proposición de buen grado, yo quedaré muy contento; ahora, si no la acepta usted y cree usted que me va a dominar, se engaña. Primeramente yo, por humilde que sea, soy el único que sabe dónde está ese tesoro; si me sigue usted o cualquiera de los que me acompañan, soy capaz de quedarme en Singapur toda la vida.

El holandés Wan Hassen terció en la cuestión y Cornelius se acomodó a seguir tomando parte en la expedición él sólo y a despedir a sus gentes para que volvieran de nuevo a Batavia.

Tomaron una barca los seis reunidos y fueron por el mar de la China hasta Lakon, en la costa Malaya, una aldea entre el mar y una sierra infértil. Dos días después, en otra barca, llegaron a la de Samui.

El desembarco produjo curiosidad entre los mayos pescadores de la isla, y cuando estaban instalándose a orillas del mar, se presentó un jefe a preguntarles qué querían.

Cornelius, que sabía algo de malayo, quiso entenderse sólo con el jefe y le dijo que iban a buscar un tesoro que había en la isla.

El jefe de los pescadores malayos sabía que había un tesoro en la isla; pero no sabía dónde.

El jefe preguntó a Cornelius quién era entre ellos el que dirigía la expedición y el holandés le señaló a Yan-Si-Pao.

Los malayos de la isla pretendían, naturalmente, tener parte del tesoro y Yan-Si-Pao, a quien comunicaron su deseo, dijo que la tendrían si se portaban bien.

Al mismo tiempo que decía esto, Yan-Si-Pao pensaba engañarles a todos, principalmente a Cornelius, que le traicionaba a cada paso. Yan-Si-Pao buscó la plazoleta en donde se levantaba la imagen de Buda y dio pronto con ella. Cerca de esta plazoleta había una cueva espaciosa, llena de estalactitas, con grandes salas y con enterramientos, que al ser removidos, dejaban huesos y calaveras al descubierto.

* * *

Seguramente usted, mi excelente amiga, encontrará muy pobre este Buda, esta plazoleta, esta cueva y estos malayos. No tienen, indudablemente, los detalles precisos, positivos, claros, de las novelas de Stevenson, de Kipling o de Conrad. Quizá esto dependa de que uno no ha visto esos paisajes, quizá de que no ha tenido uno tiempo de consultar el Anuario del Comercio de la costa malaya. Pero sigamos.

* * *

Yan-Si-Pao dijo a los suyos que eran el Buda y la cueva los dos puntos de referencia necesarios para encontrar el tesoro. Faltaba hallar el tercer punto de referencia.

Yan-Si-Pao reconoció la cueva y la plazoleta, en cuyo centro estaba la imagen de Buda con su peinado en punta. Pronto comprendió por la sombra del sol, que el tesoro debía de estar fuera de la explanada y de la cueva. Se acercaba el día veintiuno de marzo. Yan-Si-Pao comenzó a poner estacas en varios sitios de la plazoleta.

Por las mañanas solía ver muchas veces que los sitios marcados por él estaban de noche excavados.

Yan-Si-Pao hacía como que no se enteraba.

La mañana del veintiuno de marzo se levantó antes de salir el sol y vio que la sombra del peinado del Buda daba sobre una pequeña eminencia que estaba a doscientos metros de la plazoleta.

Inmediatamente marcó el sitio exacto con una piedra.

Al día siguiente dijo que tenía que poner la tienda de campaña fuera de la plaza, en donde podía estar el tesoro, puesto que quizá tendría que revolverla toda.

Había asegurado él que el primero de abril encontraría el tercer punto de referencia y diría dónde había que hacer las excavaciones. Hasta aquel día no podía tener seguridad alguna.

En la pequeña eminencia, colocada fuera de la explanada donde daba la sombra de la cabeza del Buda, comenzó a construir una casa de tablas. Había tiempo sobrado.

Yan-Si-Pao comunicó a sus chinos lo que ocurría y los dos se pusieron a trabajar de noche y a sacar tierra. Al poco tiempo de trabajar encontraron un cofre de zinc lleno de oro y de pedrerías. La cantidad era tal, que quedaron maravillados. Yan-Si-Pao hizo que metieran todo el oro y las pedrerías en dos sacos fuertes y que los enterraran de noche en la playa, al lado de una roca.

Tres días antes de que acabara el mes de marzo, Yan-Si-Pao dijo que tenía que ir a un islote próximo para ver desde allí la sombra de uno de los montes; le acompañarían en la lancha el holandés, el australiano y los dos chinos.

Cornelius y los pescadores malayos no se opusieron porque estaban muy seguros de tener el tesoro.

Yan-Si-Pao les avisaría inmediatamente desde la otra isla dónde tenían que comenzar la excavación.

El holandés y el australiano entraron en la lancha a regañadientes y se encontraron sorprendidos y locos de contento al saber que llevaban con ellos el tesoro. Los cinco hombres se dirigieron en su barca hacia la Cochinchina y en Saigón hicieron el reparto de sus riquezas.

El holandés se marchó inmediatamente a su país y el australiano y los dos chinos encontraron un barco en el que fueron a Filipinas con Yan-Si-Pao.

Con un gran capital llegó Yan-Si-Pao a Filipinas, se estableció primero en Manila y se hizo cristiano. Como se aburría con la vida monótona de la ciudad, compró una finca en Albay, al sur de la Isla de Luzón.

Llevó muchos trabajadores bicoles y chinos, creyendo que con ellos podría hacer un buen negocio.

Pronto se desilusionó.

* * *

Perdone usted esta digresión etnográfica, mi querida amiga.

Los filipinos, como decía el Padre San Agustín del siglo XVII, son fríos, húmedos, inconstantes, maliciosos, desconfiados, perezosos, tardos, amigos de andar por ríos, mares y lagunas y ser afectos a la pesca. Es tal su pereza, dice el mismo Padre, que si abren una puerta, nunca la cierran. Respecto a los chinos, eran peores. No podían perder su marrullería y su perfidia. Era inútil que Yan-Si-Pao los quisiera tratar como a personas, porque ellos se burlaban de él, no hacían diferencia alguna entre el dueño que se portaba bien y el que se portaba mal, y cuando algún chino llegaba a reunir una cierta cantidad, se marchaba a su país sin hacer caso de la mujer india ni de los hijos que había tenido con ella, diciendo irónicamente: «No más Santa María ni Castilla ni señoría», que ellos pronunciaban: No más Santa *Malía* ni *castila* ni *señolía*.

Lo mismo los chinos, que los indios, que los mestizos sangley, no tenían apego ninguno al sitio donde vivían; una cabaña, el petate para dormir y algunas imágenes de santos, formaban todo su ajuar, que abandonaban sin ninguna pesadumbre. No tenían necesidades; tomar la morisqueta y mascar el buyo, les bastaba.

* * *

Yan-Si-Pao llevó como ingeniero de su finca a un irlandés casado con una mestiza. Este irlandés tenía una hija, una muchacha arrogante, una *dalaga* muy guapa, decían en el país, pero de muy mal genio, y Yan-Si-Pao le preguntó si quería unir su vida a la del pobre gusano de tierra miserable y desvalido, a quien la petulancia de sus padres había llamado el Pequeño Tesoro. Ella aceptó.

Como el cristianismo de Yan-Si-Pao era relativo, en la finca de Albay había un altar para las devociones de la irlandesa, y en un rincón los ídolos y los amuletos de Yan-Si-Pao, entre pebeteros olorosos.

En esto, Yan-Si-Pao seguía la tradición de los chinos pobres que se casaban con indias cristianas.

Yan-Si-Pao vivió con su suegro, el irlandés, y con su mujer. No tuvo hijos. Se defendió contra los bandidos que allí llamaban tulisanes, comió la morisqueta, trató con gobernadorcillos y mediquillos e hizo excursiones en barco por la isla de Mindanao.

Cuando murió su suegro y después su mujer, se trasladó a Manila y vendió la finca de Albay. Yan-Si-Pao se apartaba de sus paisanos chinos, a quienes veía trabajar desnudos en el muelle con el sol terrible.

Las barriadas chinas de Manila le repugnaban por su suciedad y su aire antihigiénico; pero no podía menos de sentir su paisanaje, y a veces socorría a los chinos pobres.

Yan-Si-Pao se encontraba aislado, aunque tenía algunos amigos españoles. No quería tratarse con los chinos ricos como el chino Palanca o el chino Velasco, porque les veía manifestar siempre una perfidia y una deslealtad que a él le molestaban. Yan-Si-Pao fue a Pekín a visitar a su familia.

Conoció a sus sobrinos, pero éstos eran tan chinos, que le miraban a él como a un extranjero. Comprendiendo que China ya no era su país, volvió a Manila. Uno de los motivos de molestia que tuvo, fue que uno de sus criados chinos, a quien había correspondido una buena cantidad de dinero del tesoro de la isla Samui, se lo había gastado y le importunaba constantemente.

Este chino, unido con el australiano sordomudo, que también había derrochado su capital, le pedía dinero constantemente, suponiendo quizá que él se había quedado con una cantidad mayor que la que le correspondía.

Yan-Si-Pao estaba fastidiado con estas constantes peticiones y decidió el ir a vivir a Inglaterra. Pensó que le acompañasen las criadas de su mujer y fue a establecerse en Londres.

El chino que le importunaba se murió.

Yan-Si-Pao fue a Londres con sus ídolos, sus amuletos y su cruz esvástica en el pecho, y como le gustaban las plantas, puso dos tiendas; una, a la que llamó el Barco de flores, y la otra, El loto.

Inopinadamente, con gran sorpresa de Yan-Si-Pao, el australiano sordomudo llegó a Londres.

Un día, en el Consulado chino se presentó un hombre, que por escrito indicó que era australiano y sordomudo. Quería saber las señas de su amigo Yan-Si-Pao.

Dijo que había sido marino en un barco.

El Cónsul le hizo algunas preguntas; pero el marino sabía su lección y llegó a conseguir lo que pretendía.

El sordomudo llevaba como medio de orientación un planisferio, con una serie de cruces rojas de los sitios en donde había estado.

A pesar de la desconfianza del Cónsul, llegó a conseguir que éste diera crédito a sus palabras.

El Cónsul llamó a Yan-Si-Pao, que se manifestó muy incomodado. Dijo que él era un miserable gusano de tierra, pero que no aceptaba que se le explotase. Entre el Cónsul, Yan-Si-Pao y el sordomudo, acordaron que el australiano recibiera quinientas libras esterlinas y que no volviera a importunar más a Yan-Si-Pao.

Desde entonces, el florista se sintió más que nunca enemigo de la China y quiso naturalizarse español.

Yan-Si-Pao vivía bien; pero tenía un genio arrebatado y violento, y además, tenía mucho miedo a los diablos. Como contaba su dependiente, Li-Ju-Chung, una bruja amiga de su madre que se llamaba Schelomare, que tenía pacto con los demonios, le había asegurado que tres diablos del Fung-Shui se le aparecerían a la hora de la muerte.

Yan-Si-Pao no sabía si tenía más miedo al infierno cristiano o a los ocho infiernos que aseguran que hay los budistas con los nombres de Naraka y Naraya.

* * *

Una noche de invierno, en Londres, tres músicos que tocaban en una orquesta de un teatro de Piccadilly, un alemán, Alberto Mantz y dos españoles, Pedro García y Juan Aurrecochea, quisieron dar una broma un tanto pesada a un compañero, a quien tenían por perezoso y por comodón y que vivía en Old Compton Street.

Tocaba uno de ellos el cornetín; el otro, el saxofón, y el tercero, el fagot; les había convidado a cenar el empresario y estaban los tres músicos al salir del teatro, un tanto borrachos.

Entonces pensaron los tres ir a casa del compañero con la intención de darle una broma.

Fueron por Piccadilly, cada uno con su instrumento debajo del brazo; después a Oxford-Street, y llegaron a Old Compton Street.

Uno de los españoles, García, señaló cuál era la casa del amigo músico, que vivía en un entresuelo. Este entresuelo tenía ventanas de guillotina.

El alemán Mantz, sacó un cortaplumas y, sin esfuerzo alguno, metiendo la hoja por un resquicio, abrió la ventana desde fuera.

Ya abierta, fueron entrando uno a uno los tres músicos y dándose los instrumentos y andando de puntillas para que el amigo no se diera cuenta de su paso.

Entraron, y García, señalando una puerta y abriéndola suavemente, dijo: «Aquí es donde duerme».

Entonces tomaron los tres músicos sus instrumentos, se los acercaron a los labios, y el alemán dijo: «¡A una!»

Y se pusieron a tocar de la manera más estrepitosa posible.

De pronto, vieron que se encendía la luz y se levantaba de la cama, no el amigo músico, sino un viejo chino, aterrorizado que, extendiendo los brazos, pronunció unas palabras que no se entendían, y cayó como muerto.

Los músicos se habían equivocado de casa y habían ido a dar la broma a Yan-Si-Pao, que a consecuencia del susto, quedó gravemente enfermo.

Los músicos huyeron por la ventana a la calle, horrorizados.

Yan-Si-Pao quedó presa de un síncope. Las dos viejas sordas no habían oído nada y después dijeron que habían pensado que había descargado una tormenta sobre Londres.

Cuando las dos mujeres fueron a ver al enfermo, no pudieron entender lo que decía.

Al recobrar Yan-Si-Pao el conocimiento, vio que no tenía el escapulario en el pecho y dijo repetidas veces a su criada, con angustia: «¡Buscadme el *escapulio*, el *escapulio!*».

La vieja sorda lo buscó y lo llegó a encontrar.

Cuando Yan-Si-Pao se lo puso tuvo un suspiro de consuelo.

—Ahora, que llamen al médico, al *castila*.

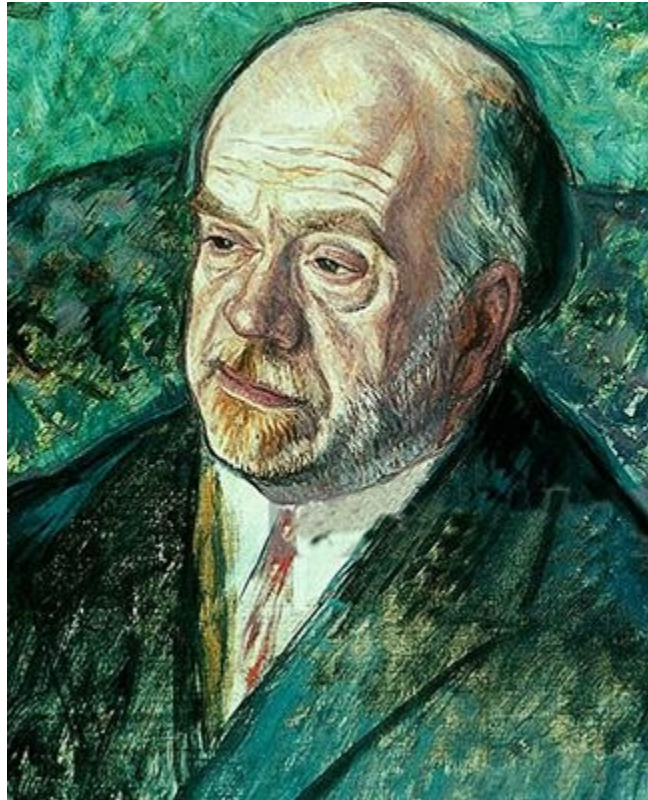
Pero el *castila* no estaba en Londres y Yan-Si-Pao perdió toda esperanza y se murió.

Varios meses después, el médico de la Armada vio en la calle al dependiente de la tienda de flores *El Loto*, Li-Ju-Chung.

—El amo murió —le dijo—. Chino Yan-Si-Pao, el pequeño tesoro, se fue... Ja... ja... ja... El vil gusanillo de tierra era un chino *matandá*, ja, ja, ja, y le habían visitado los *espíritus* del Fung-Shui..., ja... ja... ja.

Y Li-Ju-Chung siguió riendo como si la muerte de su amo fuera una de las cosas más regocijantes que pudiesen ocurrir en el mundo.

Madrid, marzo 1928.



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, «Tierra vasca», que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía «La vida fantástica», expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía «La lucha por la vida», una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del*

camino, de máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vívido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.